

“El Loto y el Robot”

Por MANUEL ROJAS

ARTHUR KOESTLER, el admirado y a la vez vilipendiado autor de “Obscuridad a mediodía”, de otras novelas y de ensayos en que la posición personal está en primer lugar, el comunista de ayer y el hombre solitario de hoy, acaba de publicar un nuevo libro, “The lotus and the robot”, obra que la Editorial Emecé ha hecho traducir y publicar con el mismo título.

“El loto y el robot” es un ensayo, un largo ensayo sobre la India y el Japón, países que Koestler visitó para averiguar si alguno de los dos tenía algo que ofrecer a las perplejidades, por no decir a la angustia, del hombre moderno. India es el país más atado a su tradición; Japón, el más modernizado de los territorios de Asia.

Koestler fue, en su juventud, un periodista que sirvió a una cadena de diarios europeos, especialmente alemanes, en la especialidad científica; sus lecturas y trabajos posteriores le han dado una cultura más amplia. Occidental mil por ciento, unido al destino de Occidente más que muchos, hombre que ha elegido un camino que ya quizá no podrá abandonar, parece natural que se preocupe, como tantos otros, de saber qué esperanzas tenemos, y si tenemos algunas:

“El respeto por los “duros, obstinados hechos” que imparte una educación científica no implica necesariamente negar un orden diferente de realidad; pero sí implica la obligación de agotar todas las posibilidades de una explicación natural de los fenómenos antes de reconocer que pertenecen a ese otro orden diferente”.

El libro está dividido en dos partes principales. La primera parte empieza con una visita hecha a cuatro santos actuales de la India, y sigue con capítulos sobre los aspectos principales del “Yoga”; los demás se refieren a aspectos de orden intelectual y religioso. La segunda parte está dedicada por completo a Japón, su pasado y su realidad.

El viaje fue realizado entre 1958 y 1959; el libro, escrito entre 1958 y 1960.

El primer santo a quien visitó Koestler se llama Acharya Vinoba Bhave, conocido mejor por Vinoba, heredero de Gandhi y creador del Bhoodan, sistema que, para solucionar el problema de la tierra, imaginó en 1951. Es, más que nada, una campaña de persuasión del rico propietario, para que ceda un tanto de sus tierras a los que no la tienen. El resultado ha sido fabuloso, aunque no tanto como lo esperaba Vinoba. Dos años después de iniciada la campaña, visitó al rajá de Ranka, provincia de Behar, y supo que el rajá, en un rapto de santo fervor, había regalado casi cuatro mil quinientas hectáreas a uno de sus campesinos, y mil cien a otro. Vinoba le preguntó por qué a uno le había dado más que al otro, y el rajá dijo que había dado lo que le habían pedido los hombres. “Vinoba se chupó las mejillas, como si estuviera chupando algún ácido, según acostumbra hacer cuando reflexiona, y preguntó:

—En ese caso, ¿cuánto me darás a mí?

—Lo que me pidas —dijo el rajá.

—¿Cuánta tierra tienes en total?

—Más de cuarenta mil hectáreas sin cultivar, y alrededor de dos mil ochocientas cultivadas.

—En general —dijo Vinoba—, pido una sexta parte del total. Pero en vista de lo que acabas de decirme, cédeme las cuarenta mil hectáreas de tierra no cultivada, y una sexta parte de la cultivada.

—Como quieras —dijo el rajá. Y tan pronto como estuvo redactada la escritura, la firmó.

La campaña arrastró, sin propagan-

da, sin avisos por radio o por la prensa, a rajás que no sólo dieron tierra, sino que se unieron a la marcha de Vinoba a través de la India; hasta el jefe del Partido Socialista de la India, Jayaprakash Narayan, a quien se estimaba como el posible sucesor de Nehru, anunció públicamente, en 1954, que se retiraba de la vida política para incorporarse al Bhoodan. La campaña se hace, por supuesto, a pie, y a comienzos de 1959, ocho años después de haber iniciado el movimiento, Vinoba había caminado el equivalente de la línea ecuatorial y reunido y repartido más de tres millones de hectáreas de tierra. El, sin embargo, se había puesto a obtener veinte millones de hectáreas.

El santo es un ser extraordinario. A los doce años renunció a la vida sexual y a los diecinueve quemó, en presencia de su madre, sus certificados de estudio. Poco después, y habiendo ido a Benares para estudiar sánscrito y las escrituras védicas, conoció a Gandhi y una frase de éste (“Si nos condenan a muerte por este lenguaje franco, vayamos gozosos a la horca”), pronunciada en un discurso en que le dijo al entonces virrey de la India que se marchara, decidió su vida. Se dedicó al servicio social y a la santidad. Ha estado preso, en total, cinco años y medio. En la cárcel se dedicaba a hilar y a enseñar idioma sánscrito a sus compañeros. Uno de ellos dijo a Koestler:

—Prefiero compartir una celda con un criminal y no con un santo. Vinoba solía comenzar sus clases de sánscrito a las cuatro de la mañana, y, como casi todos sus alumnos eran duros de entendederas, él vociferaba y era imposible dormir”.

Vinoba, que habla once o doce lenguas y varios dialectos hindúes, tarda sólo seis semanas en aprender una nueva lengua; es, además, y según lo dijo Gandhi, el mejor hilador de la India: durante una larga estancia en la cárcel hiló tal cantidad de tela, que pudo hacerse un “dhoti” entero, sin que el hilo presentara ningún corte.

“Podría caracterizarse a Vinoba Bhave un yogui del karma, esto es, alguien que busca la realización por la acción, o, dicho en la terminología cristiana, por las obras. Krishna Menon (que nada tiene que ver con el ministro de Relaciones Exteriores) pertenecía a una categoría diferente: su camino era el de Dhyana Yoga o Jnana Yoga; la primera de estas expresiones significa “unión por la meditación”; la segunda, “unión por el conocimiento”.

Krishna Menon, a quien algunos iniciados consideran como el último santo swami, no es (no había sido, ya que murió un año después de visitarlo Koestler), como Vinoba, un compañero del Gandhi, y tampoco se le consideraba como su heredero; pero era un santo, un santo swami, que al parecer es más importante que un santo cualquiera, un santo a pesar de que antes de serlo, y durante veinticinco años, se había desempeñado como policía. Gente de Estados Unidos, de Inglaterra, de Brasil y de otros países iban a verlo y a oírlo, y permanecían a su lado quince o veinte días, o años, quizá.

Tal como a Vinoba, Koestler fue a



Koestler y su ex esposa Mamaine Paget.

verlo mientras se desempeñaba en sus funciones de santo. Según parece, no es lo importante lo que el santo dice; lo importante es estar a su lado, bajo su influjo, a su sombra; Vinoba hace chistes, de los de los campesinos, se aburre de rie que vienen a preguntarle cosas, cuenta algo o calla mientras hila. Krishna Menon es diferente: “Krishna Menon se hallaba sentado en su sillón con aspecto de trono... dio comienzo a la ceremonia, gargariando y escupiendo vigorosamente tres veces en una vasija que sostenía una niña. En el camino, Peter me había dicho, lamentándose, que nos perderíamos la primera parte, el momento en que se permitía que los devotos escucharan los ruidos que en su aseo matinal hacía el swami en el baño. El lavado de la boca era la última parte de esa ceremonia y se cumplía en público, en provecho de los discípulos”. Más adelante indica Koestler: “Durante la ceremonia de las gárgaras yo había observado la expresión de las dos inglesas de edad mediana (que estaban ahí desde el principio), y casi me repugnó la clase de emoción reflejada en sus rostros”.

Este santo, como se ha dicho, se realizaba por la meditación; esa meditación había dado como resultado algunos libros y folletos en que exponía su pensamiento. Ya se ha dicho que en la India no hay verdaderos filósofos, tales como los que conocemos en Occidente, sino más bien pensadores o moralistas, que hablan de determinadas cosas, en especial las llamadas espirituales, o sea, la conciencia y sus relaciones con la materia, relaciones en que la conciencia saca siempre la mejor parte, ya que es, por supuesto,

abstracta. He aquí una muestra del pensamiento de este santo:

“Todos los objetos se disuelven en el conocimiento. Por lo tanto, no son otra cosa que conciencia. Un jarrón (cuando se quiebra) se disuelve en tierra, porque está hecho de tierra. No puede disolverse en otra cosa. — De manera que la afirmación “Conozco la cosa” cuando se la examina propiamente, significa tan sólo que la cosa se ha disuelto en el conocimiento.” Esto es sobre “Conocimientos no es el nombre de una función”. Lo que sigue se titula “La inexistencia de los objetos”: “Antes de ver no hay nada visto, y después de ver no hay nada visto. No puede haber la menor duda sobre esto. — Cuando se ha comprendido claramente esta verdad, será evidente que no hay nada visto, ni siquiera en el momento de ver. Y entonces cesa toda esclavitud.” “Visto” es *drishyam*, objeto esclavizado con el acento puesto no en la cosa, que no tiene existencia por sí misma, sino en el ver como resultado de lo cual la cosa entra en la existencia.

Krishna Menon vivía entonces en Trivandrum, capital del Estado de Kerala, en donde en la época en que lo visitó Koestler había un gobierno y un régimen comunista. “Era una especie de Ruritania marxista tropical, cuyos ministros, según se sabía, consultaban los horóscopos para deducir de las estrellas la línea partidaria, en donde las misiones católicas que derivaban de San Francisco Javier constituían aún la influencia cultural más importante.”

En otro artículo comentaremos los demás santos y otros aspectos de la vida de Arthur Koestler. ■